

“IMAGINATE DOS VIEJOS CHOTOS”. EXPERIENCIAS FESTIVAS Y PROCESOS DE ENVEJECIMIENTO ENTRE VARONES AUTONOMINADOS OSOS EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA (ARGENTINA)

Agustín Liarte Tiloca*

RESUMEN

El presente escrito parte de una pesquisa etnográfica centrada en la (re)producción performativa de masculinidades entre varones que consumían espacios de sociabilidad atravesados por la categoría oso en la ciudad de Córdoba. Esa forma de nominación fue esbozada durante el trabajo de campo como portadora de una presentación de género masculina, en contraposición con otras formas de contactos homoeróticos entre varones vistas como afeminadas. Uno de los puntos nodales fue la organización de fiestas que hacían un llamamiento hacia varones autonominados osos, o que sintiesen atracción por los mismos. Este hecho fue narrado como una oportunidad de volver a salir una noche de fin de semana, puesto que en otros espacios percibían una sensación de incomodidad que los (auto)excluía, tanto por sus edades como por sus portes físicos. En este sentido, a través de observaciones participantes durante las fiestas y entrevistas biográficamente centradas con algunos de sus asistentes, me propongo en esta instancia indagar acerca del entrecruzamiento entre ciertos marcadores sociales de las diferencias. En otras palabras, me pregunto por cómo los sujetos construían una experiencia festiva a partir de sus trayectorias nocturnas y sus representaciones sociales en relación a la edad, la sexualidad y el erotismo.

Palabras Clave: Noche – Experiencia Festiva – Envejecimiento – Homosexualidad – Osos

“Imagine dois viejos chotos”.

Experiências festivas e processos de envelhecimento entre homens autonomeados ursos na cidade de Córdoba (Argentina)

RESUMO

Este artigo parte de uma pesquisa etnográfica centrada na (re)produção performativa de masculinidades entre homens que consomem espaços de sociabilidade atravessados pela categoria urso na cidade de Córdoba. Essa forma de nomeação foi esboçada durante o trabalho de campo como portadora de uma apresentação de gênero masculina, ao contrário de outras formas de contatos homoeróticos entre homens consideradas afeminadas. Um dos pontos nodais foi a organização de festas que faziam um convite a homens autonomeado ursos, ou que eram atraídos por eles. Este fato foi narrado como uma oportunidade para sair novamente em uma noite de fim de semana, já que em outros espaços eles perceberam uma sensação de incômodo que os (auto)excluía, tanto por suas idades quanto por seus portes físicos. Neste sentido, através de observações participantes durante as festas e entrevistas biograficamente centradas em alguns de seus participantes, me proponho neste trabalho indagar acerca do entrecruzamento entre certos marcadores sociais das diferenças. Em outras palavras, me pergunto como os sujeitos construían uma experiência festiva a partir de suas trajetórias noturnas e suas representações sociais em relação à idade, à sexualidade e ao erotismo.

Palavras Chave: Noite – Experiência Festiva – Envelhecimento – Homossexualidade – Ursos

*Agustín Liarte Tiloca - Becario Doctoral del Instituto de Humanidades (CONICET-UNC) y Profesor Asistente en la Facultad de Psicología (UNC)

“Imagine two viejos chotos”.

Festive experiences and aging processes among men who nominate themselves as bears in the city of Córdoba (Argentina)

ABSTRACT

This paper is based on an ethnographic research focused on the performative (re)production of masculinities between men who consumed spaces of sociability crossed by the category bear in the city of Córdoba. This form of nomination was sketched during the fieldwork as a carrier of a masculine gender presentation, as opposed to other forms of homoerotic contacts between males seen as effeminate. One of the nodal points was the organization of parties that made an appeal to men who nominated themselves as bears, or that they were attracted to them. This fact was narrated as an opportunity to go out again on a weekend night, since in other spaces they perceived a sensation of discomfort that (self)excluded them, as much by their ages as by their physical appearance. In this sense, through participant observations during the parties and biographically focused interviews with some of their assistants, I propose in this instance to investigate the intercrossing between certain social markers of differences. In other words, I wonder about how subjects built a festive experience from their nocturnal trajectories and their social representations in relation to age, sexuality and eroticism.

Key Words: Night – Festive Experience – Aging – Homosexuality – Bears

Introducción

¿Y cómo sigue la historia de este romance? Dos rostros se encontraron en un bar; se miraron a los ojos; midieron la intensidad que les causara, de pronto, sentirse que eran iguales, tal vez uno para el otro. Se invitaron a un café; hablaron casi de todo. Pero llegó la pregunta que vibra desde lo hondo de un hombre que se emociona cuando se enamora de otro. -¿Tenés, acaso, pareja? -Tuve..., pero vivo sólo. (Wenceslao Maldonado, 2012)

En la breve escena transcrita, dos varones cruzaron sus miradas en un bar. Presumimos que entre ellos se entabló una conversación

silenciosa, en el proceso de medir si un acercamiento sería rechazado o bien recibido. Luego de definido un resultado favorable, surgió una sensación de haber hallado una persona que podía ser percibida como similar. Este fragmento forma parte del poema *Romance de osos*, donde dos varones comienzan a trazar su historia en un bar porteño de la capital argentina¹. Aquel local comercial devino en antesala de encuentro para estos varones que, con el transcurrir de la prosa, nos enteramos que mantuvieron una noche de apasionado sexo, donde la cama fue metamorfoseada en un horno. El autor ahonda en descripciones donde las lenguas recorren gruesas piernas hasta llegar a una velluda ingle, para deleitarse con los *manantiales del gozo*.

No debe resultarnos extraño que los personajes hayan primero unido sus carnes en un bar, para luego trasladarse a días y meses de abrazos enardecidos. La relación entre el consumo de espacios de homosociabilidad y la construcción de subjetividades atravesadas por deseos homoeróticos fue ampliamente estudiada

1 El poema fue escrito por Wenceslao Maldonado (1940-2016), estudioso de la literatura italiana, la teología y poeta argentino dedicado a plasmar amores e historias entre varones añosos y de grande cuerpos. Su prosa se orientó en gran medida a las relaciones homoeróticas intergeneracionales y a la erotización de las formas hirsutas y voluminosas de los *osos*.

desde las antropologías latinoamericanas (PERLONGHER, 1993; LAGUARDA, 2005, 2011; LACOMBE, 2006; LINS FRANÇA, 2010; PUCCINELLI, 2014; BRAS, 2011; RECHES, 2014). Estas pesquisas nos muestran que lugares y personas se entrecruzan en procesos dialécticos de construcción conjunta, en lugar de anular la agencia transformadora de alguna de las partes. Es por ello que el presente escrito se encamina desde un trabajo etnográfico centrado en indagar por la (re)producción performativa de masculinidades entre varones que organizaban y concurrían a espacios de sociabilidad aunados por la categoría oso en la ciudad de Córdoba.² En tanto forma de catalogación, por su capacidad de clasificar y calificar a los sujetos, el apelativo oso fue esbozado durante el trabajo de campo como portador de una presentación de género *masculina*, en contraposición con otras formas de contactos socioeróticos entre varones vistas como *afeminadas* (GUTIÉRREZ MARMOLEJO, 2004; SÁEZ, 2005; DOMINGOS, 2010). Estas últimas, fueron interpretadas por los varones con quienes trabajé como estereotipos sociales ampliamente difundidos, convirtiéndose desde sus parámetros en formas homogéneas y hegemónicas de entender la homosexualidad.

En el contexto cordobés contemporáneo, uno de los puntos nodales fue el armado de fiestas mensuales en un bar ubicado en un barrio de la zona centro-este de la ciudad de Córdoba.³ Estos eventos hacían un llamamiento hacia varones autonominados osos, o que sintiesen atracción por los mismos. Comenzar mi pesquisa en aquellas noches me permitió acercarme a un conjunto de sus asistentes, con quienes realicé entrevistas abiertas y biográficamente centradas. Estos varones se ubicaban etariamente entre los 35 y 55 años, edades que no respondieron a parámetros

demográficos o de positivismo estadístico, sino que tomaron como delimitantes aquellos indicadores que los propios sujetos consideraban en cuanto a las categorías de vejez y juventud. El panorama socio-educativo y profesional de estos varones viraba desde estudiantes universitarios hasta profesionales que ocupaban cargos jerárquicos en entidades públicas y privadas⁴. En la mayoría de las conversas se dibujó un momento en el que la *comodidad* formaba parte de lo buscado a la hora de encuadrar sus deseos festivos. Tras preguntar por el significado de tal adjetivación, me indicaron que por sus portes físicos gordos y edades añosas experimentaban (auto)exclusiones en diversos establecimientos comerciales. Surgió aquí una diferenciación relacionada con lo antes mencionado sobre las presentaciones de género, donde los sitios por fuera de una cartografía *osuna* eran concebidos como *boliches para pendejos*⁵. De esta forma, la nomenclatura gubernamentalmente habilitante de bar o boliche era utilizada por estos varones como un delimitante que, a partir del consumo de uno de esos locales en detrimento del otro, (re)creaba *ambientes* o *climas* diversos.

Desde estos puntos de investigación, me propongo en esta instancia indagar acerca del entrecruzamiento entre diversos marcadores sociales de las diferencias en las narraciones de las trayectorias festivas por las nocturnidades cordobesas de estos varones. El análisis de sus experiencias me permitió trazar polifónicamente dos grandes etapas analíticas: por un lado, la expansión y reapropiación cordobesa de la categoría oso durante la década de 1990, coincidente con los primeros acercamientos de los entrevistados a espacios nocturnos de (homo)sociabilidad festiva; y, por otro lado, una temporalidad posterior donde comenzaron

2 La ciudad de Córdoba es la capital de la provincia homónima y la segunda ciudad argentina más densamente poblada. Aloja una antigua y prestigiosa universidad que atrae un importante número de jóvenes de distintas regiones del país y naciones vecinas. Además de estudiantil, la ciudad cuenta con una destacada actividad industrial y artístico-cultural.

3 Las fiestas se llevaron adelante desde diciembre del año 2010 hasta marzo del año 2014, adoptando temáticas particulares para cada convocatoria, como la *fiesta del toro mecánico* o la *fiesta del carnaval*. Esto permitía que cada encuentro tuviese elementos diferenciadores, como la entrega de paletas heladas durante uno de los festejos veraniegos. Por otro lado, el trabajo de campo que realicé se extendió desde el mes de marzo del año 2012 hasta el cierre de las celebraciones.

4 Vale aclarar que, siguiendo con la ética del trabajo antropológico, los nombres tanto de los entrevistados como de todas aquellas personas con las que conversé por chats virtuales en pláticas informales, fueron cambiados. Del mismo modo, también se omitieron otros datos como títulos profesionales y ciudades de procedencia, puesto que de ser mencionados estos puntos serían fácilmente identificables los sujetos. En gran parte esto se debía a que, como me dijeran durante la pesquisa, pocos eran los varones que asistían a los eventos por sus edades o imaginarios sobre la noche, generando un público reducido en número.

a inaugurarse reuniones y locales apuntados a un público relacionado con la categoría oso de manera autonómica⁶. Estos períodos no respondieron a delimitaciones estrictas, sino que evocaban momentos variantes en cada crónica recabada, al mismo tiempo que mantenían algunos elementos comunes. Una pregunta central fue cómo estos sujetos (re)construían una experiencia festiva en los relatos sobre sus encuentros celebratorios, a partir de sus representaciones sociales en relación a la edad, la (homo)sexualidad, el erotismo y la noche.

Sobre masculinidades, homosexualidades y reapropiaciones categoriales

Sin realizar en estas páginas un escrito que reconstruya una crónica extensa de la categoría oso a modo de subjetividad autopecibida, desde los proclamados primeros usos en tierras estadounidenses,⁷ me permito comenzar con una interrogante: ¿cómo se reapropió esta forma de nominación en la ciudad de Córdoba? Una posible respuesta surgió desde relatos biográficos obtenidos a partir de una serie de entrevistas abiertas con un conjunto de varones, residente en la capital cordobesa desde comienzos de la década de 1990. Sobre sus edades, hubo una referenciación generalizada en la que ubicaban sus años de *juventud* durante aquella década,

llamándose en la actualidad con apelativo como *personas grandes* o viejos. Desde otros trazos conectados, estos varones mantenían relaciones socio-eróticas con otros varones, al mismo tiempo que decían cultivar una preferencia por las presentaciones de género *masculinas*. Como dijera uno de los entrevistados, existía un *estereotipo gay que la sociedad conoce* representado en el afeminamiento de todo varón que desease a otros varones. Sumado a dicho factor, estos sujetos también se aunaban en experiencias compartidas de consumo festivo en espacios de sociabilidad apuntados a públicos autodefinidos osos, o que sintiese atracción por los mismos, surgidos durante los primeros años del corriente siglo.

Como un parámetro analítico de partida, puede plantearse que la categoría oso fue relativamente nueva en cuanto a su expansión y uso para remitirse a varones que mantenían contactos socio-eróticos con otros varones, ya sea autorreferencialmente o como heterodesignación (LIARTE TILOCA, 2015). El apelativo era evocado desde una presentación de género trazada a partir de corporalidades y conductas descriptas como *masculinas*, donde el punto central parecía construir una definición semiótico-normativa de lo masculino como opuesto a lo femenino (CONNELL, 1995). Los relatos de esos primeros acercamientos categoriales surgieron durante entrevistas a

5 En términos generales, la categoría *pendejo* es utilizada en Argentina para hacer referencia tanto a sujetos jóvenes –en términos etarios– como a personas cuyos comportamientos son interpretados como inmaduros. Por otro lado, en el caso de la presente etnografía realizada en *fiestas de osos*, los varones entrevistados esbozaron una particular poética y política de la categoría. En su contextualización, la noción de *pendejo* fue construida desde la combinación de una serie de características morales y estéticas. Se trataba de varones jóvenes, portadores de cuerpos delgados y presentaciones de género leídas desde el afeminamiento, consumidores de espacios de sociabilidad nocturnos llamados *boliches*, y aparentemente interesados en búsquedas sexuales casuales por fuera de una continuidad amical luego del encuentro erótico. No obstante, estas descripciones no fueron totalizadoras, puesto que en las celebraciones pesquias también asistían varones jóvenes y delgados como parte del público, y no eran llamados *pendejos*; al mismo tiempo que otros varones de cuerpos grandes y edades por arriba de los treinta años acudían a *boliches*, por lo que eran calificados de *pendejos*. Estas variaciones me posibilitaron indagar en una producción dialógica entre subjetividades, consumo de espacios y marcadores sociales de las diferencias.

6 Adhiero aquí a los aportes de Julio Assis Simões (2004), sobre las relaciones entre identidades sexuales y la noción de curso de vida. En su pesquisa, el antropólogo brasileiro señala que el uso de modelos sociológicos fraccionados en etapas o estadios, por los que un sujeto transicionaría a lo largo de su vida, tiende a reproducir una ligazón entre compartimientos estancos e identidades estables. Como salvaguarda para esta advertencia, en el presente análisis empleo las propias experiencias particulares de los varones entrevistados, para así delimitar los momentos que serán indagados a lo largo del texto.

7 Por falta de espacio, y para sortear tal propósito, pueden consultarse las compilaciones de escritos realizadas por el antropólogo y activista social estadounidense Les Wright (1997; 2001). Ambos libros parten de un proyecto mayor titulado *Bear History Project*, una colección de materiales bibliográficos creada en el año 1994. El mismo reúne diversos textos culturales –libros, revistas, cómics– producidos en un período comprendido entre los años 1959 y 2010. Actualmente se encuentra alojado en la Universidad de Cornell, dentro de la *Division of Rare and Manuscript Collections*.

través de dos modalidades de “viaje”. Uno de ellos evocaba visitas a ciudades estadounidenses, con énfasis en la participación de actos públicos que procuraban celebrar conquistas de derechos civiles, como las *marchas del orgullo*.⁸ El regreso de estas excursiones resultaba en el despliegue de suvenires, bajo el formato de imágenes mentales de los hechos vivenciados, así como productos audiovisuales pornográficos que presentaban varones cuyos cuerpos eran etiquetados *bears* (LOCKE, 1997). El segundo tipo de viaje no requería trasladarse por los aires, pero sí contar con una computadora y conexión a internet, posibilidad tenco-monetaria dificultosa durante los años 90s debido al costo del servicio. Quienes podían acceder al mismo, utilizaban motores de búsqueda para ingresar a páginas virtuales de contenido –mayormente– erótico, tras colocar palabras clave que denotaban un gusto por los cuerpos grandes y velludos. Como dijera uno de los varones entrevistados:

Navegando me enteré de los osos. Más que nada porque yo empezaba a navegar por páginas de Estados Unidos, y ahí me enteré de los bears. Cuando me entero, veo más que nada el perfil físico que a mí me gustaba como persona, y veo más que ese perfil coincidía con esas páginas de Internet. Entonces ahí descubro que había que poner esas palabras clave para encontrar lo que mí me gustaba. Y ahí fue cuando empecé a descubrir qué era la movida de los osos en Estados Unidos. Así fue como me enteré del tema. Después de eso viajé. Cuando viajé al exterior me compré revistas, pero las revistas eran más que nada todo físico, así como comprarse una Playboy acá (Registro de entrevista, Esteban, 24/06/2013).

En la experiencia de Esteban (41 años),

aquellos perfiles etiquetados *bears* produjeron un momento de eureka que combinó un tipo físico –que previamente ya era de su agrado–, con una categoría empleada en otro país para referirse a un tipo particular de corporalidad adjetivada como *masculina*. La búsqueda de palabras como *grande* (big) o peludo (*furry*) sirvieron como parámetros como encontrar imágenes que se alejaban de ciertas representaciones corporales sobre la homosexualidad, donde los torsos delgados y lampiños eran equiparados con presentaciones de género afeminadas (LANZIERI Y HILDEBRANDT, 2011)⁹. Este novel vocabulario fue luego empleado para con otros varones que resembledan dichas corporalidades, muchas veces derivando en una intención de despertar a la conciencia que ofrecía Esteban al interrogarlos con la frase “¿sabés que sos un oso?”. La pregunta, que no necesariamente dejaba abierta una puerta a dudas por parte de mi interlocutor, conllevaba una afirmación implícita. En estas operaciones, propongo que aquellos enunciados producían un efecto de realidad al ser verbalizados, emprendiendo muchos varones una búsqueda personal por las catalogaciones que les fueran referidas. Pensados desde la óptica de la filosofía del habla de John Austin (1990 [1962]), estos procesos de reapropiación categorial constituyeron expresiones realizativas o ilocucionarias, donde no se trataba de un mero decir, sino que las mismas palabras indicaban una forma de (re)producir la acción que enunciaban. De este modo, los varones con acceso directo a imágenes fotográfico-filmicas, o encuentros cara a cara con otros varones, generaron fórmulas de aconsejamiento que incitaban a la difusión de la categoría *oso*.

Desde estos contextos socio-históricos presentados, podríamos indagar en los efectos que

8 Con el nombre *marcha del orgullo* se hace referencia a movilizaciones públicas que buscan celebrar y visibilizar identidades sexo-genéricas no heteronormadas. Brevemente, estas acciones surgieron en conmemoración a los disturbios de Stonewall de 1969, al mismo tiempo que abrieron las puertas a la conformación de los primeros grupos activistas de liberación homosexual. Para el caso de la ciudad de Córdoba, se recuerda una primera *marcha* durante la década de 1990, pero en una memoria oficializada estos actos comenzaron a organizarse anualmente desde el año 2008. Si bien la fecha marcada como *día internacional del orgullo* es durante el mes de junio, debido al clima invernal en nuestro país se llevan adelante las *marchas del orgullo* en el mes de noviembre.

9 Sobre este punto, uno de los entrevistados comparó las producciones pornográficas estadounidenses de la década de 1980 que mostraban varones de cuerpos musculosos y velludos, en contraposición con aquellos filmes enfocados en la categoría *twink*. Esta última hacía referencia a varones jóvenes – o que aparentaban serlo – potadores de cuerpos delgados y lampiños, la mayoría de las veces en papeles que los ubicaban como adolescentes. En su visión, la segunda categoría había tomado predominancia en el mercado de imágenes eróticas, dejando de lado otras formas dentro de espacios definidos como fetiches: cuero, cigarrillos, militares, etc.

tuvo el término *oso* entre los varones entrevistados a partir de las relaciones que establecían entre masculinidad y homosexualidad. Para ello, recupero una calurosa tarde de verano en un bar céntrico cordobés, donde Tadeo (52 años) reconstruyó parte de sus experiencias locales de sociabilidad homoerótica. El relato narrado se ubicó en el período de transición hacia la década de 1990, instancia desde la cual sus vivencias le llevaron a problematizar que:

Nosotros veníamos a representar ese tipo común y corriente. Puede ser un albañil, un hombre que construye, un motoquero. Todo el mundo dice '¿cómo puede ser gay?! Si tiene que ser afeminado y ser maricón'. Entonces, ése es el tema, porque había este espacio. Muchos de nosotros no nos sentíamos contentos en un ambiente gay cien por cien, digamos, de los 80s. Yo creo que era más fino, refinado, podríamos decir entre comillas. Por eso creo que nace la necesidad (Registro de entrevista, Tadeo, 29/11/2012).

En las palabras de Tadeo, dicha necesidad devino apremiante para diferenciarse de un imaginario social impuesto por lo que llamó un *poder heteronormativo*, que concebía una forma homogénea y hegemónica del devenir homosexual. Esta imposición referenciaba que aquellos varones que mantuviesen relaciones erótico-afectivas con otros varones debían comportarse afeminadamente: debían ser *maricones* que se presentaban de formas *finas y delicadas*. Se planteaba, pues, una unión sin solución de continuidad entre una presentación de género y la producción de un objeto de deseo. Como una reafirmación de su punto, Tadeo luego interpretó que esta asociación funcionaba como un mecanismo para identificar, estigmatizar y segregar sujetos con gustos sexuales no heterocentros.

Como forma de ejemplificar estas ideas, surgió una figura tomada de un programa televisivo popular por aquellos años. Se trataba de la comedia *La Familia Benvenuto*, emitida en vivo por un canal de aire argentino en el período 1991-1995 durante el horario del almuerzo de los días domingo. La pantalla mostraba la guionada vida de una familia de ascendencia italiana, donde uno de sus integrantes, interpretado por el actor Fabián Gianola, se dibujaba para mis entrevistados como el estereotipo socialmente paradigmático de varón que mantenía contactos sexo-afectivos con otros varones¹⁰. La actuación ofrecida exhibía un sujeto que acostumbraba usar pañuelos de seda en el cuello, que hablaba de un modo que era entendido como una impostación feminizada, que se paraba quebrando tanto la cintura como las articulaciones de ambos brazos, y que era objeto de comentarios burlescos por parte de otros personajes. En tanto guiones de comportamiento (GAGNON, 2006 [1991]), esta imagen mediáticamente difundida – entre otras posibles – marcó parte de las conceptualizaciones moralmente esquematizadas que los varones entrevistados empleaban en relación a la homosexualidad, la masculinidad y los contactos socio-eróticos.

En este sentido, puede interpretarse el uso del apelativo *común* o *normal* como revestido por dos concepciones opuestas pero a la vez complementarias. Por un lado, el agregado de normalidad como sufijo de la homosexualidad fue empleado para denotar un comportamiento amanerado, puesto que aquello sería lo propio de un varón *homosexual común*¹¹. Tadeo supo explicarlo durante la entrevista a través de un movimiento de sus manos por sobre la altura de sus hombros, quebrando las articulaciones de las muñecas y afinando la voz para emitir una suerte de quejido – similar al personaje televisivo antes mencionado. Tras la breve interpretación, indicó

10 Para épocas actuales supo utilizarse como referencia al bailarín Flavio Mendoza como ejemplo de varón *afeminado*, especialmente en relación al empleo de cirugías plásticas y otras tecnologías estéticas que demarcarían, de acuerdo a las interpretaciones de los varones entrevistados, la diferenciación entre un varón *natural* y otro excesivamente preocupado por su apariencia física.

11 Desde la obra de Michel Foucault (2011 [1999]), vemos que las nociones de “normal” y “anormal” se desarrollan en cada sociedad a partir de la implementación de normativas producto del ejercicio de un bio-poder regulador. En el caso de la pesquisa realizada entre varones que asistían a espacios de sociabilidad atravesados por la categoría *oso*, una conceptualización ampliamente difundida indicaba que un *oso* era *lo más parecido a un varón heterosexual*, pero manteniendo el deseo por relacionarse socio-eróticamente con otros varones. De esta forma, se generaba una presentación de género donde la masculinidad se esquematizaba como una expresión cristalizada en mandatos rutinarios (WEST Y ZIMMERMAN, 1987; BUTLER, 2007 [1990]). En otras palabras, lo que un hombre socialmente debía ser y hacer.

que esos procederes no le producían atracción. Por contrapartida, para otro de los varones con quienes trabajé le resultaba erótico en una pareja “que de repente sea un poco vulgar, con decirte que eructe, que se tire pedos, que coma como ordinariamente” (Registro de entrevista, Horacio, 27/06/2012). En tanto instancia performativa de producción de subjetividades, estos varones operaban en sus discursos una separación de aquello que construían como una expresión *normal* de la homosexualidad, en tanto no percibían que sus vivencias se reflejaran en dichos trazos. En un movimiento recursivo, el alejamiento de lo que repetidamente nombraran como el *puto común* generaba el poder pensarse como *tipos comunes y corrientes*, debido a sus presentaciones de sí auto-descriptas *masculinas*.

¿Dónde vamos?: homosociabilidades y primeras salidas

La no identificación con aquello llamado *homosexualidad común* fue un componente que atravesaba un sentimiento colectivizado entre los varones entrevistados. Debido a la imposibilidad de comparar sus experiencias con aquello que socialmente era indicado como un varón que deseaba socio-eróticamente a otros varones, es que me pregunto por cómo se dieron los procesos de consumir espacios de homosociabilidad. Puntualmente, devino oportuno indagar en relación a locales comerciales organizados para un público presuntamente homosexual, con anterioridad a la aparición de espacios dirigidos por y para varones autonominados *osos*. Las crónicas recuperadas durante las entrevistas posicionaron un lugar como central en los recuerdos de esas primeras experiencias dentro una nocturnidad festiva cordobesa. Se trataba de *Piaf*, una *disco* emplazada dentro

de una memoria homo-festiva oficial como el primer espacio en el cual se permitió el baile y los besos – junto a otras formas de interactuar – entre personas del mismo sexo (RECHES, 2015). La *disco* abrió sus puertas en el año 1983, con anterioridad al recambio de un gobierno *de facto* a uno democrático tras la última dictadura cívico-militar argentina, y luego de dos mudanzas de localización domiciliaria cerró definitivamente a comienzos del año 2010. Esta continuidad la constituyó como uno de los locales de mayor permanencia en la construcción de una cartografía de la “noche gay” cordobesa (BLÁZQUEZ Y RECHES, 2011; LIARTE TILOCA y RECHES, 2014). En sus virajes barriales, la década de 1990 representó el último movimiento de *Piaf*, instalación en la que comenzó a ser considerada como *clásica* frente a la apertura de otros establecimientos llamados por sus asistentes como *modernos*¹².

En relación con esas ideas, los varones entrevistados construyeron formas particulares de interactuar con las situaciones de asistir por primera vez a este tipo de establecimientos. Estas estrategias dependían – en parte – de la existencia previa de contactos dentro de los mundos de las noches, así como de las propias percepciones sobre cómo sería interpretada su presencia en aquellos espacios. En este sentido, un conjunto de experiencias apuntó al control de la información personal, debido a una concepción de la homosexualidad en términos de una condición potencialmente estigmatizable (GOFFMAN, 2006 [1963]). Este hecho era evocado como una posible fuente de alteraciones indeseadas en los ámbitos laborales diurnos, especialmente en épocas donde los recuerdos de razias policiales durante la década pasada permanecían aún frescos en las memorias festivas. Éste había sido el caso de Ricardo (42 años), quien en 1993

12 Como podría pensarse a partir de los estudios de Ernesto Meccia (2011; 2016), los procesos de recambios generacionales acaecidos entre las décadas de 1980 y 1990 en la capital porteña auspiciaron luchas sociales – en parte – por la visibilidad y el reconocimiento de derechos civiles para grupos no heteronormados. Entre los virajes analizados por el autor, indaga en las percepciones sociales de las nuevas camadas de varones gays, quienes veían a los antiguos espacios de homosociabilidad festiva como *guetos* o *clásico* frente a una búsqueda modernidad. Este proceso tuvo su correlato local para la capital cordobesa, cuando la inauguración de *Hangar 18* produjo una juvenilización clasemediera de la noche, destinando a *Piaf* dentro de un imaginario de local antiguo y pasado de moda. Por otro lado, en un estudio sobre las “discos” porteñas de la década de 1990, Marcelo Urresti (1994) expone que estos espacios solamente podían construirse como “clásicos” en la medida que se legitimaran a partir de la tradición y la herencia, en tanto producción de huellas de un pasado contrapuesto a la modernidad. Ambas pesquisas plantean disputas por sentidos de lugar y festividad nocturna entre los recambios generacionales, procesos presentes también en las experiencias recabadas en entrevistas con varones cordobeses que autoadscribían a la categoría oso.

concurrió por primera vez a *Piaf* tras ceder a las invitaciones de un amigo que persistió en numerosos pedidos para compartir una noche de sábado. Proveniente de una provincia del noreste argentino, sus avatares migratorios le habían llevado a mudarse a la capital cordobesa en búsqueda de estudios superiores y trabajo. Tras consultar sobre su apreciación acerca de aquella iniciática salida de fin de semana a un establecimiento catalogado “gay”, respondió con un enfático “¡horrible!”. En un primer momento, la expresión parecía haber tomado un matiz totalizante sobre su asistencia a la disco, pero luego de una breve pausa continuó con su relato, describiendo lo siguiente:

Fuimos y cuando entrás al lugar viste como todo te sorprende por primera vez que vas, y empezás a ver un montón de gente que veías todos los días en [el trabajo]. Entonces vos decís ‘uy, está fulano, uy, está mengano’. Entonces era como... yo era el que me sentía mal. Ellos estaban divinamente en su lugar y yo era como que estaba en un sapo de otro pozo. Pero fue eso. No es que me gustó nada, sino que era la impresión de encontrarme con un montón de gente que de repente vos nos sabés que está en la misma que vos y que... era eso (Registro de entrevista, Ricardo, 03/06/2013)¹³.

Recientemente incorporado al personal estable de un centro comercial, la posibilidad de cruzarse con personas que lo reconocieran de aquel espacio produjo en Ricardo una sensación de malestar, aunque se tratara de varones que estaban allí por aparentemente compartir similares gustos socio-eróticos. No obstante, el hecho de mantener la homosexualidad dentro de una órbita de lo íntimo podía ser leído como la búsqueda por no generar una declaración forzada. En términos goffmanianos, la revelación de los deseos acarrearía la pérdida de una cara (GOFFMAN, 1970 [1967]) construida para ser exhibida en un ámbito laboral, no así en un espacio festivo donde supuestamente se estaría buscando producir otra presentación de sí. Entonces, si bien reconoció que el lugar fue agradable y que no hubo recuerdos de personas que lo increpasen, el incomodo propio le llevó a

sentirse como un *sapo de otro pozo* entre sujetos que – quizás – no estaban interesados en develar sus intereses eróticos por fuera del inmediato contexto festivo.

Como un elemento clave, los relatos recuperados ubicaron la estigmatización social sobre la homosexualidad en al menos dos grandes situaciones: por un lado, como un componente a mantener en secreto en determinadas situaciones, como fuera el caso de Ricardo; y, por otro lado, como algo que debía ocultarse en todo momento de interacción pública. Esta última postura fue expuesta durante una entrevista con Julián (38 años), proveniente de una familia que catalogó como *conservadora* y apegada a determinadas creencias religiosas de corte católico. Desde sus relaciones intrafamiliares, los gustos entre personas del mismo sexo eran denostadas como negativas, por lo que expuso este factor como un importante condicionante en la aceptación de su propia atracción hacia otros varones. Este obstáculo aunaba el pecado de sus deseos junto a la portación de una corporalidad considerada gorda, componentes que provenían de planos en primera instancia disímiles pero que devenían carne en sus palabras. Analizado desde el estudio de George Vigarello (2011 [2010]) sobre las metamorfosis en las percepciones de los cuerpos gordos, de una imagen que representaba vigor y opulencia, la acumulación adiposa fue reconvertida durante el siglo XV en cuerpos tanto torpes – bajo la figura del “palurdo” – como socialmente inoperantes. Estos regímenes político-estéticos devinieron en la constitución de la “obesidad” como categoría diccionarizada en el siglo XVIII, presentada como término médico que indicaba una demasia de grasa o carne en un cuerpo. De este modo, la ociosidad y aparente pasividad de estas formas corporales se relacionaron, en un mismo movimiento, con el pecado capital de la pereza.

El relato de Julián, pues, entretejía las percepciones sobre la homosexualidad como algo negativo – ya sea como pecado, ya sea como afeminamiento – y la constitución de un cuerpo gordo como forma indeseable. Ambos elementos fueron expuestos como limitantes a la hora de hacer amistades con otros varones

13 La entrevista a Ricardo fue realizada en conjunto con Ana Laura Reches.

autodefinidos homosexuales durante los años 90s. En otras palabras, tanto el cuerpo como la presentación de género debían congeniar en un sentimiento de comodidad que promoviera el interés por asistir y permanecer en aquellos espacios de homosociabilidad. Esta urdimbre produjo que la formación de grupos de sujetos leídos como pares, con quienes compartir salidas a locales festivos apuntados a públicos sexo-diversos, se diera tardíamente para muchos de los entrevistados.

De manera relacional, otro de los varones con quienes dialogué recuperó el componente de (des)conocer personas que lo acompañasen por la nocturnidad gay cordobesa, agregando una categoría que devino clave para la investigación: el *ambiente*. Su relato se ubicó hacia finales de la década de 1990, temporalidad en la que se mudó a la capital cordobesa proveniente de otra localidad, a la que se refirió como una *ciudad con mentalidad de pueblo*. Dicho apelativo fue luego aplicado a su apreciación por los espacios de homosociabilidad, puesto que consideraba que no tenía un nivel de apertura mental necesario para permitirse asistir a locales festivos junto a otros varones. Como narrara: “al principio a donde salí fue a tomar algo, a comer algo, con alguien que conocía eventualmente. Y eso era nada más. Se daba la casualidad de la gente que yo conocía no le gustaba el ambiente” (Registro de entrevista, Ignacio, 01/07/2013). En tanto idea central en su experiencia, describió al *ambiente* como una categoría que se asemejaba a no tener problemas con autodefinirse públicamente homosexual, concediéndose el consumo de espacios comerciales que permitieran la realización de actividades socio-eróticas entre varones. Asentado en una urbe nueva y lejana de su locación de natalicio, recordaba que no fue sino hasta comenzado el nuevo siglo que conoció a un grupo de varones autonominados osos con quienes tomó *coraje* para asistir a locales apuntados a un presunto público homosexual.

Crónica de una cartográfica osuna cordobesa

Los primeros años del nuevo siglo dieron inicio a una etapa narrada por los varones entrevistados desde la expansión de la categoría oso como forma de autonominar y heterodesignar una particular relación entre deseos homoeróticos y presentaciones de género *masculinas*. En este sentido, la ampliación y aceptación de esta forma de catalogación por un grupo de varones cordobeses conllevó la creación de espacios de sociabilidad atravesados por la misma. Como uno de los puntapiés iniciales rememorados desde una crónica local se ubicó la apertura de un foro virtual en julio del año 2002 intitulado *Osos Cordobeses*¹⁴. En conversa con dos de sus antiguos moderadores, relataron que lo buscado fue fomentar la interacción entre varones que, mayormente aunque sin descartar otros motivos, se sintiesen atraídos por los cuerpos grandes y peludos. Concordante a dicho punto, también se recordó un cierto malestar percibido en los establecimientos de la época apuntados a un presunto público homosexual, retratados como espacios donde cuerpos gordos y viejos no eran bienvenidos. Por ello, gran parte de las discusiones del sitio web viraron acerca de qué significaba apropiarse del vocablo oso y sus apreciaciones sobre la nocturnidad festiva cordobesa, en estrecho vínculo con cómo vivían sus deseos homoeróticos bajo imágenes que consideraban ajenas a sus propias experiencias.

Pasados unos meses –variantes según las versiones individuales–, surgió un fuerte deseo por verse las caras más allá de los monitores de las computadoras¹⁵. El momento acordado fue un día domingo por la tarde, en un punto que pudiera parecer emblemático: a los pies de la *Estatua del Oso*¹⁶. Una de las finalidades de aquel llamado fue plantear qué los había llevado a presentarse,

14 Cabe aclarar que esta investigación centró sus indagaciones entre varones cordobeses que asistían a espacios de homosociabilidad atravesados por la categoría oso, por lo que una crónica de esta forma de nominación desde otra ciudad o con otro conjunto de sujetos diferiría en cuanto a los hitos considerados importantes en relación a los procesos de reapropiación auto-referencial. Este punto torna relevancia puesto que algunos varones entrevistados recordaron fiestas que convocaban desde el apelativo oso organizadas en *Piaf Disco*, pero el establecimiento no fue marcado como propio dentro de una cartografía *osuna* de la nocturnidad cordobesa, sino como festejos aislados.

surgiendo respuestas orientadas al anhelo por construir un lugar de pertenencia. También se insistió en que no se tratase de una solitaria experiencia, sino que los encuentros dominicales prosiguieran y las tardes devinieran en noches de cenas entre sujetos que se reconocían como pares. Como dijera uno de los entrevistados, había ciertas actividades que durante aquellos años eran socialmente leídas como propias de *gays comunes*, por ejemplo reunirse a jugar a la *canasta* – un juego de cartas comúnmente asociado a mujeres mayores agrupadas a la hora de la merienda. Por el contrario, el hecho de congregarse para comer carnes asadas era pensado por Tadeo como una acción que denotaría la masculinidad de los participantes (cfr. ARCHETTI, 2003 [1999]).

Con el transcurrir de las juntadas, los varones entrevistados concordaron en que un objetivo fundamental fue pensar en la conformación de una entidad social que tomase como ejemplo el recorrido trazado por otros varones en la capital nacional¹⁷. Un paso hacia dicha formalización se dio el 9 de marzo del año 2003, una tarde lluviosa en la que se llevó a cabo la primera *asamblea general* del grupo. En dicha oportunidad, se deliberó acerca del modelo de personería jurídica que se buscaría encarar, con el resultado de la confección de un organigrama tras la elección a mano alzada de un presidente y secretarios de áreas –como diseño, comunicación y tesorería. La despedida asamblearia incluyó la promesa de escoger un local fijo que albergara las

reuniones semanales, en miras de abandonar el derrotero previo. Tras deambular por una serie de establecimientos, el zigzaguo llegó a su fin al toparse con un bar ubicado en la zona céntrica de la ciudad. El dueño del lugar les confirió los días jueves – y no los fines de semana – puesto que, como leyeran la situación los miembros del *club*, existía un terror hacia las fisionomías gordas y añosas, pensadas como posibles ahuyentadoras de otras clientelas (TILOCA, 2014). No obstante, las *mesas largas* se agrupaban en hileras con varones sentados a su alrededor, a veces observados desde afuera por personas no acostumbradas a ver cuerpos voluminosos brindándose caricias y besos, o por curiosos de deseosas ojeadas que eran invitados a unirse.

Este espacio le proveyó al *Club de Osos Cordobeses* una prolongada estadía, etapa narrada por Tadeo como una época *realmente maravillosa*, plasmada en la ansiedad que le provocaba el esperar durante el resto de la semana para volver a reunirse¹⁸. En términos de una sociabilidad festiva, el *club* fue sede no solamente de los *jueves de osos* – como llamaban a los días del bar –, sino también de tres fiestas celebradas entre los años 2004 y 2006, tendientes a evocar el cumpleaños de la agrupación. Como fecha se había escogido el mes de julio, en conmemoración a la apertura del foro virtual que comenzó con la vida social de la entidad. Los relatos sobre estos festejos señalaron un punto creciente en el sentimiento de pertenencia vivenciado por sus

15 Recupero aquí un lazo entre dos conceptos a modo de herramientas analíticas. Por un lado, la noción de autoridad polifónica en la pesquisa etnográfica trabajada por James Clifford (2001 [1998]), en la que se posiciona al investigador como un actor más dentro de una compleja red de sujetos que forman parte del propio estudio, procurando abreviar en una heteroglosia que brinde una muestra de la diversidad de crónicas posibles en las narraciones sobre determinados hechos. Por otro lado, me permito retomar la categoría de espacio biográfico indagada por Leonor Arfuch (2002), para pensar en las entrevistas como esferas interaccionales donde lo personal y lo social se aúnan en los testimonios de cómo una persona habla sobre su propia vida en el proceso de construcción de sí. De esta forma, ambos elementos me ayudaron a vislumbrar que lo buscado no fue la exactitud histórica de los datos, sino trabajar con múltiples y, muchas veces, conflictivas experiencias de un grupo de varones cordobeses.

16 Estatua tallada en piedra por el escultor catalán Alberto Barral a mediados de la década de 1950. La misma fue encargada como un ornamento para el puente Antártida, de pronta inauguración en la ciudad, aunque no se tuvo en cuenta que estos animales habitan solamente en la región antártica. Quizás por la equivocación, el pétreo ursino comenzó a deambular por la geografía urbana cordobesa, haciendo estadías en diversas plazas (LAVEZZO, 2013). Actualmente se encuentra en la explanada del Museo Caraffa en el barrio Nueva Córdoba, uno de los más populosos y predilectos por estudiantes universitarios, debido a su cercanía con el campus de la Universidad Nacional de Córdoba. Tal vez por la relación con el animal, en complicidad con el clima agradable, la escultura fue partícipe de ese primer encuentro.

17 Me refiero al *Club de Osos de Buenos Aires*, entidad que delimitó como su punto de inicio en 1997, tras un encuentro al que llamaron *reunión cero* entre varones que empleaban la categoría oso de modo autonómico. Posteriormente, en el año 2001 consiguieron la personería jurídica que los habilitaba como club social reconocido estatalmente, así como la apertura de una sede en un barrio de la capital bonaerense (PASTURA, 2010). Por cuestiones del recorte empírico de la presente pesquisa, no se realizó una crónica *in extenso* de esta entidad ni de sus participantes.

miembros: varones que compartían deseos socio-eróticos hacia las voluminosidades cárnicas y determinadas expresiones de género que decían alejarse del afeminamiento. Puntualmente, uno de los ejes del segundo aniversario fue construir una noche donde los asistentes pudiesen sentir que eran parte de algo mayor, rechazando ciertos imaginarios que destinaban la vejez y la gordura como elementos ajenos al disfrute de las noches festivas. Sin embargo, llegada la tercera celebración anual ya no se recordaron aquellos mismos ánimos. Como dijera uno de los entrevistados, la fiesta se organizó porque venían personas de otras provincias y no por un deseo grupal surgido entre los varones locales.

Quizás en gran parte debido a ello, sucedió que posterior al último de estos festejos anuales todos los varones con quienes mantuve encuentros dialogales, y que fueron miembros de la agrupación, recordaron que hacia la segunda mitad del año 2006 las reuniones semanales habían desaparecido. Un remanente fue la mantención de algunos grupos de amigos conformados durante los años de apogeo de la organización, pero esta última se encontraba desestructurada. Las versiones de crisis y ruptura fueron varias, desde el robo de un dinero ganado en el último aniversario, hasta peleas por ver quién tomaría el control de la presidencia, pasando por una noción de que muchos asistían al *club* solamente en búsqueda de amistades o amores que, una vez conseguidos, se alejaban del grupo mayor. Una manifestación de Ignacio ilustró la situación, en tanto recordaba que otro de sus compañeros decía que “el grupo va a funcionar mientras estén solteros” (Registro de entrevista, Ignacio, 01/07/2013). Desde otras palabras, para Esteban fue detonante la separación en conjuntos reducidos, decantado aquello en una merma o pérdida de las ganas iniciales de reunirse semanalmente. Finalmente, y como sentenciaría Julián, “cuando nos dimos cuenta era medio tarde para eso” (Registro de entrevista, Julián,

10/06/2013).

Los tiempos posteriores al *club* marcaron lo que en entrevistas fue llamado un *momento vacío*, una época en la que no habría espacios a los cuales acudir una noche de fin de semana. En un juego de presencias y ausencias, no se trataba de una inexistencia de establecimientos comerciales apuntados a un presunto público homosexual. Más bien, la expresión indicaba una vacuidad simbólica, una falta relacionada con locales en los cuales un varón (auto)percibido gordo y añoso pudiese asistir sin sentirse incómodo (TILOCA Y RECHES, 2014). Como reflexionara Horacio (46 años), uno de los varones con quienes conversé, el planteamiento central era si uno mismo experimentaba una bienvenida o miradas de desprecio. En otras palabras, se trataba de generar un momento donde el portar un cuerpo leído como gordo y viejo no conllevara el sentir que no se pertenecía a aquel sitio, provocando posteriormente la salida y no regreso de la persona. Sucedió que aquellos varones que se decían jóvenes durante la década de 1990, o que habían construido en el *club* un espacio de sociabilidad que les era de su agrado, se encontraban ahora (auto) excluidos de la nocturnidad festiva cordobesa. Este fenómeno conllevó un doble proceso: por un lado, miradas desaprobatorias de las nuevas camadas frente a corporalidades y edades que no concordaban con ciertos parámetros hegemónicos que consideraban juventud y delgadez como sinónimos de belleza (DA SILVA Y DIAS MONTENEGRO, 2012); y, por otro lado, una sensación generalizada de malestar por no sentirse interpelados a concurrir y permanecer en dichos locales.¹⁹

Frente a este conjunto de situaciones, algunos varones entrevistados utilizaron la expresión *respuesta salvadora* para referirse a unas fiestas que comenzaron a organizarse hacia finales del año 2010. Estos relatos evocaron a dos amigos reunidos en un bar de la zona centro-este de la

18 El *club* contó entre sus producciones audiovisuales con la edición de una revista mensual entre los meses de octubre de año 2002 y junio del año 2003, donde se publicaban una variedad de textos, desde notas de interés hasta recetas de cocina. También se produjeron un programa de televisión y otro de radio a través de una plataforma virtual, tendientes a divulgar las actividades de la entidad. Un análisis de estos elementos será realizado en futuros escritos.

19 El sentimiento de *momento vacío* se renovó en los relatos en rememoración del cierre de *Piaf Disco* en el año 2010. Este local, si bien no era reconocido como un espacio de/para osos, ni tampoco se promocionaba como tal, servía como lugar de encuentro para varones considerados viejos y gordos en relación a los públicos generales de otros establecimientos.

capital cordobesa, donde el volumen musical posibilitaba mantener una conversación y el servicio ofrecido había logrado construir una atmósfera de comodidad. Inclusive, como bromeara uno de mis interlocutores con una sonrisa en los labios mientras deslizaba sus lentes hacia la punta de su nariz, uno de aquellos varones había sentido atracción por el dueño del establecimiento. Como particularidad, estos amigos habían escuchado de la organización en tiempos pasados de eventos entre varones autonominados *osos*, así como de la existencia de un *club* que buscó aunarlos, lo que llevó a presentar dichas celebraciones como propuesta festiva al dueño del establecimiento. Tras una breve búsqueda por información, puesto que el propietario del salón no tenía conocimiento sobre estas fiestas o sus asistentes, obtuvieron una respuesta afirmativa para la concreción del primer encuentro. Este proceso de reflote de espacios convocantes bajo la categoría oso continuó con el bautismo de los nuevos eventos bajo el nombre *Woof Bar*, apelativo empleado para promocionar las *noches osunas*²⁰.

El intervalo entre los encuentros fue decidido bajo una temporalidad mensual que, de acuerdo con uno de sus organizadores, respondía a una serie de características propias de los eventos y el público convocado. Por un lado, no se tenía conocimiento sobre los elementos presupuestarios necesarios para la puesta en escena de las celebraciones, no pudiendo trasladar las experiencias de los aniversarios del desaparecido *club* debido a la brecha temporal y el aumento en la periodicidad. Por otro lado, se adjudicaba que la ciudad no contaba con un número elevado de varones interpelados por la categoría *oso*, por lo que el público esperado no sería cuantioso como para mantener este tipo de fiestas todos los fines de semana. Este último punto podía interpretarse desde la construcción de la noche como una espacialidad producida por y para la juventud (BLÁZQUEZ, 2012; BLÁZQUEZ Y TILOCA, 2018), donde un grupo

de varones gordos y viejos no tendría cabida. No obstante, estos encuentros abrieron sus puertas por más de tres años, brindando veladas temáticas que podían variar desde noches conmemorativas de fechas patrióticas hasta la elección del *oso* más atractivo.

Como uno de los ejes centrales de sociabilidad, los organizadores de los encuentros buscaron producir un espacio que se diferenciara de otros locales apuntados a un presunto público homosexual. Para ello, como me narrara uno de los primeros promotores de las fiestas, se tomó la decisión de no promocionar el local y sus encuentros como instancias cuyo único propósito sería el *levante*. Dicha acción era definida como la búsqueda de parejas sexuales casuales y pasajeras, sin un aparente deseo de prolongación posterior en la relación ni la conformación de amistades. Consecuentemente, se optó por no instalar habitaciones u otras espacialidades – como pasillos o zonas protegidas por falsas paredes – destinadas a encuentros genitales, aunque esto pudiese suceder en los baños o las esquinas oscuras del patio. Este tipo de prácticas se encontrarían singularizadas por un desplazamiento en busca de sexo, donde los componentes principales eran la celeridad y la facilidad (BRAS, 2008). Durante las entrevistas con consumidores de estas *fiestas de osos* emergió como una necesidad la producción y difusión de un espacio al que llamaron *bar social y amigable*, en el cual primarían las relaciones de amistad entre sus concurrentes, o al menos donde el sexo no funcionase las veces de instaurador de un anonimato, al mismo tiempo que un punto detonante de la frecuentación amical entre los varones involucrados²¹.

No obstante, y bajo estas pautas moralizantes de convivencia, las (im)posibilidades de relacionamiento sexual no implicaron una ausencia total de acciones o escenas que pudiesen ser leídas como generadoras de *aphrodisia*. Retomada desde los estudios de Sigifredo Leal Guerrero (2011) sobre las relaciones entre

20 El vocablo *woof* parecía hacer referencia al sonido que emitían los machos osos-animales en épocas de apareamiento, con intenciones de atraer posibles encuentros sexuales. Durante el trabajo de campo, pude observar la utilización de la palabra en páginas de contactos socio-eróticos para varones, especialmente entre aquellos que optaban por autonominarse osos. Este metafórico gruñido se empleaba como un comentario sobre la fotografía de un usuario, denotando una señal de aprobación y deseo.

imágenes e identidades sexuales en sitios virtuales de contactos entre varones de la ciudad de Buenos Aires, la categoría haría referencia a un conjunto de actos que persiguen la producción de deseo erótico, aunque sin la necesidad de que media el contacto genital. Dentro de aquellas instancias podían analizarse la emisión de fotografías de varones desnudos en pantallas ubicadas en una pared de la pista de baile, cuyas corporalidades abundantes y velludas – a veces, añosas – respondían a lo que me fuera descripto como un *oso*. Al mismo tiempo, se producían procesos catalogadores donde se diferenciaba al oso de otros estereotipos que lo atravesaban, como el *cazador*²² y el *daddy*²³ – un varón añoso, preferentemente de vellos canos, que buscaba la compañía de otros varones más jóvenes a los que llamaban *cachorros*.

Sobre otras formas de hacer uso de los espacios, se presentaban viñetas que interpreté como incitadoras a la aceptación y erotización de corporalidades voluminosas y peludas. Uno de estos momentos fueron las actuaciones dancístico-musicales de los *Woof Dancers*, una pareja definida como *oso* y *cazador* que ofrecía bailes frente al público. En una noche recordada por Horacio, en la cual al dúo realizó un *striptease* al ritmo de una canción que no logró precisar – más sí rememoraba cómo las prendas de vestir volaban entre el público –, narró durante nuestro diálogo que dicha presentación le resultó *altamente erótica*. Su relato finalizó aludiendo a que la mayoría de los espectadores habían terminado sus noches teniendo sexo, o al menos masturbándose, debido a los calores que les habría provocado el show. Como explica

Lacy Asbill (2009), estas performances poseen la potencialidad de mostrar los cuerpos gordos en toda su carnosa materialidad, transformándose el escenario en un espacio donde era posible devenir un sujeto deseado y deseable. Como contrapartida, junto a esta imagen placerosa, Horacio ubicó otra performance de desvestimiento, aunque en aquella oportunidad actuada por un varón delgado, joven y lampiño. La exposición fue nominada como *horrible*, una demostración que no fue de su agrado y que, en una generalización de su parte, nadie le habría prestado atención al bailarín.

En otras oportunidades, expresado también en la pista de baile, y a través de una forma particular de festejar, se incitaba al aprecio del propio cuerpo y a construir un sentimiento de comodidad. Se trataba de una *explosión*, como dijera Nicolás, estudiante universitario de veinte años y consumidor asiduo de estos eventos, que consistía en quitarse las camisetas o desprenderse los botones de las camisas. Al promediar la noche, cuando la fiesta estaba en su momento interpretado como el más *caliente*, algunos varones desnudaban su torso e invitaban a otros a despojarse de sus vestimentas superiores con palabras como “dale, ánimo, vas a ver que está bueno”. Esos promotores, algunos relacionados con los organizadores de las fiestas, bailaban brevemente con otros varones, tomaban las prendas por la parte inferior para desvestirlos, y los estimulaban a continuar la posta. Quienes aceptaban el convite unían sus cuerpos en una performance coreográfica, donde el partenaire ubicado detrás acariciaba lo pectorales y la panza de su momentáneo compañero, entrelazando los

21 En una entrevista realizada en 1981, Miche Foucault habló sobre la amistad en términos de una “forma de vida”. Para el autor, se trataría de una suma de elementos mediante los cuales se produce el querer entre las personas, sin que esto se encuentre en una primera medida estrictamente demarcado por las diferencias etarias. Se pregunta cómo dos varones podrían convivir en lo cotidiano, compartiendo tanto sus alegrías como sus tristezas. Estas formas de socialización se ubicarían en una cierta oposición a relaciones donde no se encontrarían lo que llamó las *palabras oportunas*, sin mecanismos precisos para entablar lazos comunicacionales que se expandan por fuera del acto sexual.

22 La categoría *cazador* hacía referencia a un varón cuyo deseo socio-erótico se encontraba en otros varones autonominados *osos*, o cuyos cuerpos y presentaciones de género fueran interpretados desde lo antes dicho sobre aquella forma de catalogación social. Como escriben Nathaniel Pyle y Michael Loewy (2009), se trata de sujetos que no gustan de otros a pesar de su gordura sino que, por el contrario, la erotización se produce debido a la corpulencia.

23 Para un análisis sobre la categoría *daddy*, puede consultarse la etnografía del antropólogo brasileiro Carlos Eduardo Henning (2014), sobre envejecimiento y homoerotismo en la ciudad de San Pablo. Desde su pesquisa, recupera imaginarios sobre dicha etiqueta como una referencia estético-comportamental virilizada, una forma positiva de representar y representarse en tanto varón homosexual *maduro* deseable. De esta forma, se aleja de otras posibilidades, como la *tia velha* y su presentación de sí afeminada. Ambos puntos constituirían performances etario-generacionales erotizadas y estigmatizadas, respectivamente.

dedos en las zonas hirsutas.

En parte por el calor, especialmente en las noches veraniegas cuando el aire acondicionado no daba abasto, y en parte porque, como dijera uno de los participantes, “está buenísima la idea de poder estar en cuero y que a nadie le importe y estar cómodo y mostrar la panza peluda” (Registro de entrevista, Nicolás, 28/11/12). De esta manera, se buscaba perder la vergüenza de verse a torso descubierto frente a uno mismo y los demás, porque se decía que muchos de estos varones preferían morir antes de mostrar sus panzas al viento. Por más que se tratara de una parte del cuerpo que los entrevistados consideraron atractiva, pienso en las diversas percepciones acerca de los cuerpos gordos. La panza constituía una zona deseada por estos varones, pero a la vez se encontraba atravesada por discursos médicos y estéticos que la designaban como algo que debía ser combatido (VIGARELLO, 2011 [2010]). El mostrarla podía ser pensado como un mecanismo de oposición frente a esos discursos, erotizando un área vista como desagradable por otros y visibilizándola en un espacio cómodo, sin las reacciones de desaprobación que me fueran relatadas para otros locales²⁴.

Los climas de la noche

La posibilidad de asistir a un local festivo nocturno por sobre otros, como dijera con anterioridad, se encontraba en gran medida atravesado por un sentimiento de (in)comodidad autopercibido por los varones entrevistados. En tanto una suerte de condicionante, durante los encuentros dialogales surgió como factor de importancia que las fiestas de las que participé – tanto en calidad de asistente como de investigador – se desarrollaran en un establecimiento llamado *bar*. Este espacio era percibido como generador de una atmósfera agradable, fomentando el deseo de asistir y permanecer durante las horas de festejo. Como contrapartida, se enunció a los *boliches*

como una tipología socio-arquitectónica en la que un varón gordo y viejo no era bienvenido. Parte de estas diferenciaciones fueron expuestas por Leonel (35 años) cuando comentaba:

El boliche es un boliche (...) Lo que se trata de crear es otro clima. Obviamente que hay música para bailar y todo lo demás, pero en [un boliche] tenés diez o doce gordos y todos los demás son gente de boliche, donde se maneja toda una cuestión más fashion. Que la ropa de marca, que el mejor vestido, y todo lo demás. Y en el bar no. En el bar es distinto, es un bar. O sea, la diferencia que encontrás entre un bar y un boliche en esa. Al bar vas a encontrar gente más grande y en el boliche no, tenés más pendejos por decirlo así (Registro de entrevista, Leonel, 04/07/2012).

La imagen de *climas* fue empleada por Leonel para separar los públicos que concurrían a dos grupos de eventos organizados durante el año 2012 en diferentes locales. Si bien ambos espacios convocaban varones que deseaban socio-eróticamente a otros varones desde el nombre fiestas de osos, devino importante para mi entrevistado que una de las celebraciones se llevase a cabo en un local promocionado como *bar* y otra en uno al que designó *boliche*. En este sentido, los espacios funcionaban como complejos climáticos que componían y proyectaban nociones identitarias que se oponían unas a otras (HALL, 2003 [1996]), donde primaba el consumo de un establecimiento en detrimento del otro como un marcador social de la diferencia.

Sobre el primero de estos espacios, Leonel comentó que la concurrencia al *bar* se daba principalmente en grupos de amigos de diversas edades, aunque primaban varones que parecían superar los treinta años. Dicha asistencia se relacionaba con ciertos elementos de la estructura general de los eventos, puesto que los organizadores habían planteado que

24 Personalmente, esta experiencia fue relevante durante el trabajo de campo, porque advertí que no estaba acostumbrado a ver personas mostrando alegremente un físico gordo similar al mío. Recuerdo que una vez intentaron lograr que me quitara la remera, a lo que me negué rotundamente por timidez. A pesar de no haber participado activamente en el festejo, ésta fue una de las situaciones del trabajo de campo donde mejor comprendí lo que implicaba poner el cuerpo como etnógrafo. Sobre estas respuestas, en mis observaciones nunca vi que alguien fuese obligado a despojarse de su ropa, sino que, como me sucedió a mí, frente a una negativa, la insistencia desistía.

debían propiciar veladas que no entorpecieran las posibilidades de comunicarse entre los asistentes, condición derivada principalmente de tres elementos: la música, la iluminación y la distribución de los espacios. Como dijera Mauricio (38 años), su preferencia por las noches en el *bar* se debía a que las sonoridades no eran *extremadamente electrónicas*. Por el contrario, se escuchaban aquellas versiones provenientes *directo del disco compacto*, sin los *efectos* que le serían agregados en los procesos de remixado. Estos sonidos fueron concedidos como propios de los *boliches* a los que asistía su novio, un joven de veinte y tantos años. Por otro lado, la luminotécnica del local no generaba zonas de visibilidad opaca, rompiendo así con el esquema trazado por Marcelo Urresti (1994) para las pistas de baile de las *discos* porteñas de los años 90s. Desde mi propia experiencia, estos elementos permitían mantener una conversación con quien se tuviese al lado, sin la necesidad de elevar la voz en demasía. De modo semejante, a diferencia de otros establecimientos, el *bar* contaba con un patio trasero provisto con mesas y sillas, locación que era empleada para sentarse, tomar una cerveza entre amigos o fumar; alejados por un rato de la pista de baile.

En términos estéticos, las vestimentas de los asistentes del *bar* fueron definidas por otro de mis interlocutores como *ropas cómodas*, primando las prendas holgadas de tonalidades oscuras y terrosas. De esta forma, se formularía un alejamiento de lo que posteriormente describió como una preocupación por ataviarse bajo los *gritos de la moda* entre *pendejos jóvenes*. Como analiza Javier Sáez (2005) en relación a la producción de género entre varones autonominados *osos*, el carácter naturalmente excesivo de la masculinidad se contrarrestaba – o, más bien, se potenciaba – al construir una estética apuntada al autoconsumo y no como

un producto a ser consumido por otros. Este punto podía indagarse desde las narraciones de experiencias en *fiestas bolicheras*, donde se montaba aquello que Leonel llamó *una cuestión más fashion*. El calificativo indicaba que en esos espacios era habitual observar y criticar las vestimentas de otros concurrentes, o bien desde la práctica de estos establecimientos de disponer una persona en el ingreso quien, con un criterio nunca explicitado, podía filtrar a las personas que iban llegando basado – en parte – en las prendas lucidas²⁵.

Por otro lado, las *fiestas de osos* organizadas en el establecimiento que Leonel llamara *boliche* fueron vinculadas en varias entrevistas a un público englobado alrededor de los rótulos *pendejos y putos comunes*. Esta conexión relacionaba en un mismo movimiento discursivo juventud con hegemonización moralizadora de la homosexualidad. En este sentido, desde las experiencias de los varones entrevistados, los *boliches* habrían funcionado como aceitadas maquinarias de rechazo de corporalidades gordas y viejas, donde la premisa sería “no es joven quien quiere sino quien puede” (URRESTI, 1994, p. 134). El proceso expulsivo acaecería descartando todo sujeto que no se amoldase a lo que se esperaba de un habitante de la *noche bolichera*, atravesado por la implantación de una tecnología de la normativización que se apropiaba de una política de la diferenciación aplicada a los cuerpos. Esos locales nombrados *boliches*, unidos sin escala a lo que fuera llamado una *vida del gay común*, se caracterizaban por emitir un volumen elevado en la música, o disponer una iluminación escasa en la pista de baile, elementos expuestos durante el trabajo de campo como impedimentos para entablar un tipo de encuentros más conversatorios. De esta forma, desde las narraciones recabadas representaba *espacios de soledad*, donde se trataba de buscar

25 Sobre este punto, los *boliches* eran considerados por los varones entrevistados como espacios elitistas de segregación (ITURRIAGA ACEVEDO, 2015). Esto no se reflejaba necesariamente en el costo del boleto de ingreso o las bebidas, sino en la convocatoria a un público joven, seguidor de la música electrónica y con ciertos parámetros de vestimenta. Por contrapartida, en una conversación virtual con un joven que trabajaba como relacionista público en el *boliche* donde se realizaban *fiestas de osos*, se refirió al *bar* como un espacio *de negros*. Este descriptor podía inscribirse desde un continuum que pensaba clase y raza como indisolubles, al menos para la ciudad de Córdoba, donde se articulaban las políticas y poéticas de los procesos de racialización. En virtud de ello, que el local haya sido nombrado como de *negros* no evocaba una condición de índole fenotípica en sus asistentes, sino que remitía a una situación de clase (BLÁZQUEZ, 2008). Que en las fiestas del bar se escucharan cuartetos o el público fuese vestido de con la remera de un equipo de fútbol era leído por otros como elementos degradantes, que transformaban al espacio y sus asistentes en *negros*.

sexo rápido y sin continuidad posterior en la relación amical. De esta forma, la concreción de amistades y su mantención a futuro, en este sentido, no serían elementos presentes en las formas de relacionarse que eran concebidas para los *boliches*.

En resumidas cuentas, las categorías antes mencionadas – *pendejo y puto común* – fueron tomadas en muchos casos como sinónimos. Esto esbozaba para los varones con quienes realicé la pesquisa una amalgama que unía una juventud etaria con el consumo de *boliches* como espacios comerciales de divertimento nocturno, un comportamiento interpretado como *afeminado*, una preocupación *excesiva* por la presentación de cuerpos delgados o tonificados por aparatologías gimnásticas, y el seguimiento de ciertos parámetros imperantes en la moda²⁶. Los espacios frecuentados, pues, marcaban una serie de fronteras definidas por las conexiones entre diversos lugares, divisorias nunca cerradas sino, más bien, porosas y sujetas a las experiencias vividas. En una relación bidireccional, estos mismos componentes eran expuestos como la representación de aquello que no era corporizado por estos varones autonominados *osos*, lo que a su vez los alejaba de los *boliches*. En continuidad, podrían pensarse las palabras de Tadeo sobre sus vivencias en el *club de osos* en unión con un planteamiento propuesto por Jeffrey Weeks, en tanto

Há um sentimento amplamente difundido de que a cena comercial gay e também a cena gay mais politizada são muito orientadas para a juventude, valorizando muito a aparência jovem e bela, a riqueza, o hedonismo complacente e o sucesso medido através do índice de conquistas sexuais casuais. O caráter transitório de muitos encontros sexuais, por sua vez, alimenta o medo da solidão na velhice (WEEKS, 1983, p. 238).

Como explica Julio Assis Simões (2004), el envejecimiento estaría marcado por “un declino del deseo, la pérdida del atractivo físico y el virtual apagamiento como persona sexualada” (2004, p. 2); ponderando lo joven bajo una validación positiva y lo viejo como sujeto abyecto en una sociedad signada por el hedonismo complaciente. En suma, una decadencia en un triple aspecto corporal, cognitivo y moral que ubica a las personas en una escala jerárquicamente establecida en base a las representaciones culturales que organizan las identidades etáreas y la formación de cuerpos. Por consiguiente, aquellos varones subjetivados tanto por una estructura estético-etaria-moral considerada vieja como por la mantención de relaciones homoeróticas, devenían en sujetos doblemente estigmatizados, marcados por el silencio y una cierta imposibilidad de expresar sus experiencias (SIMÕES, 2004; PEIXOTO DA MOTA, 2009, 2014). Como narraran los varones entrevistados, esos años de entrada a una etapa vista como abandono de la juventud se encontraban abordados por una temporalidad sin noche, y donde el sexo pasaba a ser visto como algo ajeno a sus cuerpos gordos y añosos. Desde la propuesta elaborada por Howard Becker (2009 [1963]), podría pensarse que aquellas etiquetas fueron introyectadas con tanto éxito que lograron organizar la propia vida de los sujetos: *el viejo gordo* componía un desvío social de la “edad normal” (ELIAS, 1987 [1982]) –y del cuerpo–, y ya no era apto para consumir la noche como espacio de divertimento ni pensarse como sujeto sexualmente erotizado.

Consideraciones finales

El escrito buscó abordar la construcción de experiencias festivas por parte de varones que fueron partícipes de espacios apuntados a

26 Como apunta Isadora Lins França (2010) en su estudio sobre varones homosexuales y consumos festivos, los participantes de *fiestas de osos* cariocas realizaban una particular relación entre juventud y promiscuidad. Dicha forma de relacionamiento se establecería entre varones jóvenes, consumidores de *boates*, y un cierto inmediateismo en los encuentros sexuales, sociabilidad alejada del romanticismo expuesto por varones de mayor edad y portadores de cuerpos grandes. Parte de estos procesos también implicaban, como le confirieron los varones paulistas, una unión entre juventud y una preocupación por el consumo de bienes materiales. Estos puntos podrían pensarse unidos a las experiencias de varones cordobeses, cuando indicaban que los *pendejos* se obsesionaban demasiado por la ropa que vestían, mientras que los *osos* se desprenderían de su apariencia física. Esta presentación –aparentemente descuidada– formaría parte de la construcción de una estética masculina adjetivada *madura*, alejada de la *ropa de marca* y los encuentros casuales.

sujetos que autoadscribían a la categoría *oso*, o que se sintiesen atraídos por sus presentaciones de género evocadas como *masculinas*, en la ciudad de Córdoba. A fines analíticos, las trayectorias recabadas fueron divididas en dos etapas, partiendo en la década de 1990 con las primeras salidas nocturnas y los recuerdos sobre las imágenes de lo que concebían como una *homosexualidad común*. Una metáfora que sirvió para analizar estos momentos fue un armario de dos puertas (cfr. KOSOFSKY SEDGWICK, 1998 [1990]), en tanto los procesos de *coming out* implicaron no solamente el asumir el deseo erótico-social hacia otros varones, sino también una autoadscripción a la categoría oso dentro de una sociedad que relegaba al homosexual como afeminado. Matizado, a su vez, por las clasificaciones contextuales de lo que era y dejaba de ser joven para los entrevistados, el mundo social planteado para aquellos años era el de un desprecio denostado hacia la homosexualidad – en contraposición con épocas actuales, donde se adjudicaba que las luchas por los derechos igualitarios condujeron a que los jóvenes no tuvieran que pasar por tantos ocultamientos y máscaras al asumirse gays (MECCIA, 2011).

El sentimiento de rechazo, producto de la exclusión de lo que se consideraba como un *mundo gay convencional*, aquel recreado en la televisión o en la farándula donde lo habitual era ver cuerpos magros, cuidados por rigurosas dietas, trabajados por la maquinaria de gimnasio y ataviados con vestimentas *a la moda*; servía como emblema para la búsqueda de otras alternativas. Como sucediera con Leonel, el no sentir una identificación con aquello que se llamaba gay en su vida cotidiana, devino en un asumirse tardíamente como varón homosexual. Por otra parte, ciertos relatos de “destape”, como propone Julio Assis Simões (2004), buscarían construir una historia de vida no anclada en la homosexualidad como sufrimiento sino que, por el contrario, produzca “las bases para una buena historia” (2004, p. 17). Éste fue el caso de Horacio, cuando reconoció que nunca antes había

experimentado qué era el amor y el goce sexual hasta que se topó con varones que se hacían llamar *osos*, puesto que su peso y voluminosidad le producían sentimientos de no aceptación en aquellos espacios apuntados a un presunto público homosexual, sumado a una edad que consideraba *muy viejo* como para concurrir a los *boliches* cordobeses de la época.

Tras una segunda etapa, interpelada por la formación de un *club social* y su ruptura, gran parte de los entrevistados se expresaron como sujetos expulsados de los mundos nocturnos. Acaso por dicha temporalidad *vacía*, la apertura de las *fiestas de osos* en *Woof Bar* significó una suerte de nueva oportunidad, no solamente de participar como usuarios de este espacio, sino también de recorrer caminos de resemantización sobre sus cuerpos. Como narrara Horacio, los recuerdos de su primera visita a *Woof Bar* se presentaban como una desorientación. Mientras bailaba, comenzó a percibir que otros varones le rozaban las nalgas y la panza, manos que lo desconcertaron en un primer momento, hasta que se acercó un varón que definiera como un *chico muy lindo* que intentó seducirlo. La respuesta de Horacio fue inquirir por el estado de cordura de aquel joven, puesto que no se consideraba como alguien digno de ser flirteado, a lo que le fue retrucado “pero vos a mí me gustás, vos sos gordito, mirate la panza” (Registro de entrevista, Horacio, 27/06/2012). De modo semejante, para Julián estos encuentros fueron trascendentales en su vida, experiencia que equiparara con *la historia del patito feo y el cisne*; es decir, una renovación del cuento infantil donde el otrora varón auto-percibido no atractivo devenía en un sujeto que se sabía deseado²⁷.

Como continuación del proceso de experiencias festivas, el poder compartir con varones que coincidían en los gustos socio-eróticos por la voluminosidad y la carga hirsuta sobrevino importante en las entrevistas. De estas reuniones dialogales, manó una metáfora que relacionaba las *fiestas de osos* con la figura de un *segundo hogar*, lo que implicaba que el ingreso al

27 Es decir, no se trataba de negar la existencia de encuentros sexuales o búsqueda por los mismos dentro de las *fiestas de osos* organizadas en el *bar*, sino de plantear que luego del sexo se mantenían los contactos entre los varones devenidos –algunas veces– en amigos.

establecimiento durante las noches celebratorias resultaba similar a entrar en un espacio donde había amigos. Así, se configuraba un lugar de pertenencia para algunos de estos varones, tejiendo una malla de relaciones sociales que podía pensarse como una “familia del corazón” (HENNING, 2014), un grupo de sujetos que se brindaban mutuamente afecto y aceptación. Como expresara uno de los interlocutores:

Imaginate dos viejos chotos²⁸ en [un boliche] lleno de pendejos. (...) me parece que la onda del bar es como mi casa, yo entro ahí y me siento cómodo como en mi casa, me siento dueño del lugar. Si bien yo no soy dueño del lugar y soy amigo del dueño, esto es una sensación colectiva de sentirnos dueños del lugar. Yo en [otro lugar] me siento que soy un cliente del boliche ¿me entendés? Yo en Woof pago por lo que consumo, además no voy solamente a las fiestas. Yo también un día de semana se me ocurre ir a comer pizza y voy a comer ahí y hacen pizzas riquísimas y lomitos riquísimos. Me atienden a cuerpo de rey y me siento cómodo ahí (Registro de entrevista, Horacio, 27/06/2012).

Esta concepción conllevó una relación proclamada como más estrecha entre el lugar y las personas, puesto que como me recordara Horacio, uno podía ir al bar a tomar o comer algo cualquier día de la semana, y no solamente los días particulares de las *fiestas de osos*. En cambio, los *boliches* fueron deslindados de esta apreciación, únicamente mencionados como locales a los que se acudía durante el fin de semana, permaneciendo cerrado el resto del tiempo. Inclusive, como remarcará Tadeo, estos eventos en el *bar* eran vivenciados como una *cama*, el lugar más cómodo que podía encontrarse en una casa. De esta forma, los establecimientos se construían como espacios donde “se actualizan referencias respecto a la homosexualidad, expresadas en los ambientes, la música, las ropas, los accesorios, la apariencia y la presentación corporal” (LINS FRANÇA, 2010, p. 10); donde lugar y consumo se entrelazaban continuamente en la (re)producción de subjetividades.

Como sucediera con los personajes del poema

evocado en la introducción, puede pensarse que como (im)posibilidades de y para la sociabilidad, las experiencias de estos varones entrecruzaron sus salidas nocturnas con los procesos de envejecimiento, aunados a sus percepciones sobre juventud, vejes y (homo)sexualidad. La erotización de la gordura y – en algunos casos – de la edad, fue un elemento crucial para comprender parte de los múltiples sentidos que podían adquirir esos componentes en varones que se hacían llamar osos. En este sentido cabría preguntarse ¿qué nuevos caminos trazaron estos varones tras el cese de las fiestas? ¿Qué otras configuraciones de una cartografía de la nocturnidad festiva cordobesa se construyeron? Estas interrogantes quedan pendientes para futuras pesquisas.

Agradecimientos

Parte de esta investigación se realizó gracias al aporte de la beca Estímulo a las Vocaciones Científicas, otorgada en el período 2013-2014 por el Consejo Interuniversitario Nacional de Argentina. También agradezco la guía de Gustavo Blázquez, María Gabriela Lugones y lxs miembrxs del programa “Subjetividades y Sujeciones Contemporáneas” (CIFYH-UNC) por los valiosos consejos realizados a lo largo del trabajo de campo. Finalmente, agradezco la atenta y cariñosa lectura del presente texto a mis amigas y colegas Mariana Tello, Lucía Tamagnini, Salomé Kuitca y Camila Aimar.

Bibliografía

ARCHETTI, Eduardo. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia, 2003 (1999).

ARFUCH, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.

ASBILL, Lacy. “I’m allowed to be a sexual being. The distinctive social condition of the

28 Por choto suele hacerse referencia a algo de baja calidad o que no cumple con las expectativas esperadas.

- fat burlesque stage”. In: ROTHBLUM, Esther y Sondra Solovay (eds.), *The fat studies reader*, p. 299-304. Nueva York: New York University Press, 2009.
- AUSTIN, John. *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Barcelona: Paidós, 1990 (1962).
- BECKER, Howard. *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014 (1963).
- BLÁZQUEZ, Gustavo. “I feel love. Performance y performatividad en la pista de baile”. In: CITRO, Silvia y Patricia Aschieri (comp.), *Cuerpos en movimiento. Antropología de y desde las danzas*, p. 291-306. Buenos Aires: Biblos, 2012.
- _____. “Negros de alma. Raza y procesos de subjetivación juveniles en torno a los bailes de cuarteto (Córdoba, Argentina)”. In: *Estudios de Antropología Social*, vol. 1, n° 1, p. 6-34. Buenos Aires: Centro de Antropología Social (IDES), 2008.
- BLÁZQUEZ, Gustavo y TILOCA, Agustín Liarte. “De salidas y derivas. Anthropological groove y ‘la noche’ como espacio etnográfico”. In: *Íconos – Revista de Ciencias Sociales*, n° 60, p. 193-216. Ecuador: FLACSO, 2018.
- BLÁZQUEZ, Gustavo y Ana Laura Reches. “La formación de una ‘noche gay’ en la ciudad de Córdoba”. In: XIII JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA, Universidad Nacional de Catamarca, 2011.
- BRAS, Camilo. “A la media luz: una etnografía en clubes de sexo masculinos en São Paulo”. In: X CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL, Universidad de Buenos Aires, 2011.
- _____. “Men only: miradas antropológicas sobre clubes de sexo para hombres en São Paulo/Brasil”. In: *Quaderns-e de l’Institut Català d’Antropologia*, n° 11, p. 1-27. Barcelona: Institut Català d’Antropologia, 2008.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007 (1990).
- CLIFFORD, James. “Sobre la autoridad etnográfica”. In: *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, p. 39-77. Barcelona: Gedisa, 2001 (1998).
- CONNELL, Robert. “La organización social de la masculinidad”. In: VALDÉS, Teresa y José Olavarría (eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis*, p. 31-48. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, 1995.
- DA SILVA, Fábio Ronaldo y Rosilene Dias Montenegro. “Jovem e bonito, velho e feio? Os homossexuais idosos e as publicações homoeróticas brasileiras”. In: VI CONGRESSO INTERNACIONAL DE ESTUDOS SOBRE A DIVERSIDADE SEXUAL E DE GÊNERO DA ABEH, Universidade Federal da Bahia, 2012.
- DOMINGOS, J. J. *O discurso dos ursos. Outros modos de ser da homoafetividade*. João Pessoa: Marca de Fantasia, 2010.
- ELIAS, Norbert. *La soledad de los moribundos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987 (1982).
- FOUCAULT, Michel. *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011 (1999).
- _____. “De l’amitié comme mode de vie”. In: *Revista Gai Pied*, n° 25. Francia, 1981.
- GAGNON, John. “O uso explícito e implícito da perspectiva da roteirização nas pesquisas sobre a sexualidade”. In: *Uma interpretação do desejo: ensaios sobre o estudo da sexualidade*, p. 211-268. Río de Janeiro: Garamond, 2006 (1991).
- GOFFMAN, Erving. “Sobre el trabajo de la cara. Análisis de los elementos rituales de la interacción social”. In: *Ritual de la interacción*, p. 13-47. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970 (1967).
- _____. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2006 (1963).

- GUTIÉRREZ MARMOLEJO, Javier. *De osos, cachorros, daddies, chubbies, nutrias, lobos y chasers. Masculinidad, cuerpo e identidad entre varones gays del Club de Osos Mexicanos*. Tesis (Licenciatura en Antropología Social) – Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 2004.
- HALL, Stuart. “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad’?”. In: HALL, Stuart y Paul du Gay (eds.), *Cuestiones de identidad cultural*, p. 13-39. Buenos Aires: Amorrortu, 2003 (1996).
- HENNING, Carlos Eduardo. *Paizões, tiozões, tias e cacuras: envelhecimento, meia idade, velhice e homoerotismo masculino na cidade de São Paulo*. Tese (Doutorado em Antropologia Social) – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas, 2014.
- KOSOFSKY SEDGWICK, Eve. *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1998 (1990).
- ITURRIAGA ACEVEDO, Eugenia. “La ciudad blanca de noche: las discotecas como espacios de segregación”. In: *Alteridades*, nº 25 (50), p.105-115. México: CIESAS, 2015.
- LACOMBE, Andrea. *‘Para hombres ya estoy yo’. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*. Buenos Aires: Antropofagia, 2006.
- LAGUARDA, Rodrigo. *La calle Amberes: gay street de la ciudad de México*. México: UNAM, 2011.
- _____. “Construcción de identidades: un bar gay en la ciudad de México”. In: *Desacatos*, nº 9, p. 137-158. México: CIESAS, 2005.
- LANZIERI, Nicholas y Tom Hildebrandt. “Using hegemonic masculinity to explain gay male attraction to muscular and athletic men”. In: *Journal of Homosexuality*, nº 58-2, p.275-293. Nueva York: The Haworth Press, 2011.
- LAVEZZO, Federico. *El oso antártico*. Río Cuarto: Cartografías Ediciones, 2013.
- LEAL GUERRERO, Sigifredo. *La Pampa y el chat. Aphrodisia, imagen e identidad entre hombres de Buenos Aires que se buscan y encuentran mediante internet*. Buenos Aires: Antropofagia, 2011.
- TILOCA, Agustín Liarte. “De los músculos a la panza. Reapropiación de la categoría oso en la ciudad de Córdoba”. In: II SIMPOSIO INTERNACIONAL INTERDISCIPLINARIO ADUANAS DEL CONOCIMIENTO, Universidad Nacional de Córdoba, 2015.
- _____. “En ese ámbito sí lo podíamos hacer. Hacia una crónica del Club de Osos Cordobeses (2002-2006)”. In: III CONGRESO GÉNERO Y SOCIEDAD, Universidad Nacional de Córdoba, 2014.
- TILOCA, Agustín Liarte y Ana Laura Reches. “Cartografías del deseo. Espacios de (homo) sociabilidad en Córdoba”. In: XI CONGRESO ARGENTINO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL, Universidad Nacional de Rosario, 2014.
- LINS FRANÇA, Isadora. *Consumindo lugares, consumindo nos lugares: homossexualidade, consumo e subjetividades na cidade de São Paulo*. Tese (Doutorado em Ciências Sociais) – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas, 2010.
- LOCKE, Philip. “Male images in the gay mass media and bear-oriented magazines: analysis and contrast”. In: WRIGHT, Les (comp.) *The bear book. Readings in the history and evolution of a gay male subculture*, p.103-140. Estados Unidos: Harrington Park Press, 1997.
- MALDONADO, Wenceslao. *Osos para todo el día. Veinticuatro horas de historias tiernas con romanticismo osuno*. Buenos Aires, 2012.
- MECCIA, Ernesto. *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Santa Fe: Ediciones UNL y Buenos Aires: EUDEBA, 2016.
- _____. *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea, 2011.

- PASTURA, Franco. *Osopedia*. Buenos Aires, 2010.
- PEIXOTO DA MOTA, Murilo. *Ao sair do armário, entrei na velhice. Homossexualidade masculina e o curso da vida*. Río de Janeiro: Mobile, 2014.
- _____. “Homossexualidade e envelhecimento: algumas reflexões no campo da experiência”. In: Revista *SINAIS*, vol. 1, nº 6, p.26-51. Vitória: CCHN-UFES, 2009.
- PERLONGHER, Néstor. *La prostitución masculina*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca, 1993.
- PUCCINELLI, Bruno. “Na esquina do Bar d’A Lôca: produção de sexualidades no cruzamento com a produção da cidade de São Pablo”. In: *Cadernos de Campo*, nº 23, p. 109-124. São Pablo: USP, 2014.
- PYLE, Nathaniel y Michael Loewy. “Double stigma: fat men and their male admirers”. In: ROTHBLUM, Esther y Sondra Solovay (eds.), *The fat studies reader*, p. 143-150. Nueva York: New York University Press, 2009.
- RECHES, Ana Laura. “Piaf Club. Tu boliche libre. Procesos de diferenciación social y conformación de libertades en torno a una noche cordobesa a inicios de la década del ‘80”. In: *Revista Afuera – Estudios de Crítica Cultural*, nº 15. Buenos Aires, 2015.
- _____. “Práticas de sociabilidade festiva de varones homossexuais a inicios de la década de 1980 en la ciudad de Córdoba”. In: *Revista Question*, vol. 1, nº. 42, p. 376-391. La Plata: Instituto de Investigación en Comunicación (UNLP), 2014.
- SÁEZ, Javier. “Excesos de la masculinidad: la cultura leather y la cultura de los osos”. In: ROMERO BACHILLER, Carmen et al (coord.), *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer*, p. 137-148. Madrid: Traficante de Sueños, 2005.
- SIMÕES, Julio Assis. “Homossexualidade masculina e curso da vida: pensando idades e identidades sexuais”. In: PISCITELLI, Adriana; Maria Filomena Gregori y Sergio Carrara (comp.). *Sexualidade e saberes: convenções e fronteiras*. Río de Janeiro: Garamond Universitária, 2004.
- URRESTI, Marcelo. “La discoteca como sistema de exclusión”. In: MARGULIS, Mario (comp.). *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, p. 129-169. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1994.
- VIGARELLO, Georges. *Las metamorfosis de la gordura. Historia de la obesidad desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2011 (2010).
- WEEKS, Jeffrey. “Os problemas dos homossexuais mais velhos”. In: HART, John y Diane Richardson (comp.), *Teoria e prática da homossexualidade*. Río de Janeiro: Zahar, 1983.
- WEST, Candace y Don Zimmerman. “Doing gender”. In: *Gender and Society*, vol. 1, nº 2, p. 125-151. California: Sage Publications, 1987.
- WRITHG, Les (comp). *The Bear Book II. Further readings in the history and evolution of a gay male subculture*. Estados Unidos: Harrington Park Press, 2001.
- _____. (comp). *The Bear Book. Readings in the history and evolution of a gay male subculture*. Estados Unidos: Harrington Park Press, 1997.

